

## INDICE.

---

	<i>Páginas.</i>
Garcilaso de la Vega.....	5
Fray Luis de Leon.....	35
San Juan de la Cruz.....	52
Fernando de Herrera.....	62
Don Juan de Arguijo.....	83
Francisco Medrano.....	90
Pablo de Céspedes.....	94
Gutierre de Cetina.....	114
Luis Martin.....	115
Baltasar de Escobar.....	117
Soto.....	118
Gaspar Gil Polo.....	119
Santa Teresa de Jesus.....	126
Diego Hurtado de Mendoza.....	131
Cristóbal de Castillejo.....	141
Baltasar del Alcázar.....	172
• Cuatro palabras del Colector á los lectores.....	184

---

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

---

---

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,  
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—  
TOMO XVIII  
—

TESORO DE LA POESIA CASTELLANA

SIGLO XVII



MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Madera, núm. 8, bajo.

—  
1875

TESORO DE LA POESÍA CASTELLANA  
SIGLO XVII.

---

FRANCISCO DE RIOJA.

SILVAS.

A la rosa.

Pura, encendida rosa,  
Émula de la llama  
Que sale con el día,  
¿Cómo naces tan llena de alegría,  
Si sabes que la edad que te da el cielo  
Es apenas un breve y veloz vuelo?  
Y no valdrán las puntas de tu rama  
Ni tu púrpura hermosa  
A detener un punto  
La ejecución del hado presurosa.  
El mismo cerco alado,  
Que estoy viendo riénte,  
Ya temo amortiguado,  
Presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu cresco seno  
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,  
Y oro de su cabello dió á tu frente.  
¡Oh nel imagen suya peregrina!  
Bañóte en su color sangre divina

De la deidad que dieron las espumas;  
Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo  
Hacer ménos violento el rayo agudo?  
Róbate en una hora,  
Róbate licencioso su ardimiento  
El color y el aliento;  
Tiendes aun no las alas abrasadas,  
Y ya vuelan al suelo desmayadas,  
Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Al jazmin.

¡Oh, en pura nieve y púrpura bañad o  
Jazmin, gloria y honor del cano estío!  
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,  
Hermosa flor, que competir presume  
Con tu fragante espíritu y colores?  
Tuyo es el principado  
Entre el copioso número que pinta  
Con su pincel y con su varia tinta  
El florido verano.  
Naciste entre la espuma  
De las ondas sonantes, [Chio  
Que blandas rompe y tiende el Ponto en  
Y quizá te formó suprema mano,  
Como á Vénus también, de su rocío;  
O si no es rumor vano,  
La misma blanca diosa de Citera  
Cuando del mar salió la vez primera,  
Por do en la espuma el blando pié estam-  
De la playa arenosa, [paba

Albos jazmines daba;  
Y de la tersa nieve y de la rosa  
Que el tierno pié ocupaba,  
Fiel copia apareció en tan breves hojas.  
La dulce flor de su divino aliento  
Liberal escondió en su cerco alado,  
E hizo inmortal en el verdor tu planta.  
El soplo la respeta más violento  
Que impele, vuelto en nieve, el cierzo  
Y la luz más flamante [frio,  
Que Apolo esparce altivo y arrogante.  
Si de suave olor despoja ardiente  
La blanca flor divina,  
Y amenaza á su cuello y á su frente  
Cierta y veloz ruina;  
Nunca tan licenciosa se adelanta,  
Que al incansable suceder se opone  
De la nevada copia,  
Que siempre al mayor sol igual florece,  
E igual al mayor hielo resplandece.  
¡Oh jazmin glorioso!  
Tú solo eres cuidado deleitoso  
De la sin par hermosa Citerea,  
Y tú también su imágen peregrina.  
Tu cándida pureza  
Es más de mí estimada  
Por nueva emulacion de la belleza  
De la altiva luz mia,  
Que por obra sagrada  
De la rosada planta de Dione:  
A tu excelsa blancura  
Admiracion se debe  
Por imitar de su color la nieve,  
Y á tus perfiles rojos  
Por emular los cercos de sus ojos.

Cuando renace el día  
Fogoso en oriente,  
Y con color medroso en occidente  
De la espantable sombra se desvia,  
Y el dulce olor te vuelve  
Que apaga el frío y que el calor resuelve;  
Al espíritu tuyo  
Ninguno habrá que iguale,  
Porque entonces imitas  
Al puro olor que de sus labios sale.  
¡Oh! corona mis sienes,  
Flor que el olvido de mi luz previenes.

A la arrebolera.

Tristes horas y pocas  
Dió á tu vivir el cielo,  
Y tú, á su eterna ley mal obediente,  
A no fáciles iras lo provocas.  
Alzas la tierna frente,  
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?  
De la gran sombra en el oscuro velo;  
Y mustia y encogida y desmayada,  
Llegas á ver del día  
La blanca luz rosada.  
¡Tan poco se desvia  
De tu nacer la muerte arrebatada!  
Si es pues de alto decreto  
Que el tiempo breve de tu edad incluyas  
En solo el cerco de una noche fría,  
¿Qué te valdrá que huyas  
Con ambicioso afecto  
De acrecentarle instantes á la vida?  
No inquietes atrevida

El cano seno á los profundos mares,  
Que por ventura negarán camino  
En daño tuyo á tu serrado pino,  
Y en vez de la acogida  
Que en las pardas entrañas  
Hallaste siempre de la tierra dura,  
Hallarás en sus aguas sepultura.  
Dime, ¿cuál necio ardor te solicita  
Por ver de Apolo el refulgente rayo?  
¿Qué flor de las que en larga copia el mayo  
Vierte, su grave incendio no marchita?  
¡Oh, cómo es error vano  
Fatigarse por ver los resplandores  
De un ardiente tirano  
Que ímpio roba á las flores  
El lustre y el aliento y los colores!  
Y tú, admirable y vaga,  
Dulce honor y cuidado de la noche,  
Si la llama y color el sol te apaga,  
¿Cuál mayor dicha tuya  
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?  
No es más el luengo curso de los años  
Que un espacioso número de daños.  
Si vives breves horas,  
¡Oh cuántas glorias tienes!  
Tú las divinas sienes  
Ciñes de la callada noche oscura,  
Y no una vez ofrece á las auroras  
La soñolienta diosa  
De tus colores bellos  
Tintas para su frente y sus cabellos.  
Deja el mar ambiciosa;  
Que por tu errar inmenso y dilatado  
No añadirá fortuna  
Hora á tu edad alguna,

Ni por mudar lugar tan apartado,  
Que otro sol lo visite y otra luna;  
Y pasa en ocio y paz aventurada  
De tu vivir el tiempo oscuro y breve,  
Esperando aquel último desmayo  
A quien tu luz y púrpura se debe.

CANCION

À las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, místico collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.  
Aquí de Cipion la vencedora  
Colonia fué; por tierra derribado  
Yace el temido honor de la espantosa  
Muralla, y lastimosa  
Reliquia es solamente  
De su invencible gente.  
Solo quedan memorias funerales [plo:  
Donde erraron ya sombras de alto ejem-  
Estellano fué plaza, allí fué templo;  
De todo apenas quedan las señales.  
Del gimnasio y las termas regaladas  
Leves vuelan cenizas desdichadas;  
Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron.  
Este despedazado anfiteatro,  
Ímpio honor de los dioses, cuya afrenta  
Publica el amarillo jaramago,  
Ya reducido á trágico teatro,  
¡Oh fábula del tiempo! representa  
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.  
¿Cómo en el cerco vago

De su desierta arena  
El gran pueblo no suena?  
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo  
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
Todo desapareció, cambió la suerte  
Voces alegres en silencio mudo;  
Mas aún el tiempo da en estos despojos  
Espectáculos fieros á los ojos,  
Y miran tan confusos lo presente,  
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pio, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra  
Que ve del sol la cuna y la que baña  
El mar, también vencido, gaditano.  
Aquí de Elio Adriano,  
De Teodosio divino,  
De Silio peregrino  
Rodaron de marfil y oro las cunas.  
Aquí ya de laurel, ya de jazmines  
Coronados los vieron los jardines,  
Que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada  
¡Ay! yace de lagartos vil morada;  
Casas, jardines, césares murieron, [ron.  
Y aun las piedras que de ellos se escribie-

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
La vista en luengas calles destruidas;  
Mira mármolos y arcos destrozados,  
Mira estatuas soberbias, que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas,  
Y ya en alto silencio sepultados  
Sus dueños celebrados.  
Así á Troya figuro,

Así á su antiguo muro, [apenas  
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre  
¡Oh pátria de los dioses y los reyes!  
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,  
Fábrica de Minerva, sabia Aténas,  
Emulación ayer de las edades,  
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,  
Que no os respetó el hado, no la muerte,  
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.  
Mas ¿para qué la mente se derrama  
En buscar al dolor nuevo argumento?  
Basta ejemplo menor, basta el presente,  
Que aun se ve el humo aquí, se vela llama,  
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acen-  
Tal genio ó religion fuerza la mente [to.  
De la vecina gente,  
Que refiere admirada  
Que en la noche callada  
Una voz triste se oye, que, llorando,  
*Cayó Itálica* dice: y lastimosa,  
Eco reclama *Itálica* en la hojosa  
Selva que se le opone, resonando  
*Itálica*; y el claro nombre oído  
De *Itálica*, renuevan el gemido  
Mil sombras nobles de su gran ruina:  
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!  
Esta corta piedad que, agradecido  
Huésped, á sus sagrados manes debo,  
Les dó y consagro, *Itálica* famosa.  
Tú, si lloroso don han admitido  
Las ingratas cenizas, de que llevo  
Dulce noticia asaz, si lastimosa;  
Permíteme, piadosa  
Usura á tierno llanto,  
Que vea el cuerpo santo

De Geroncio, tu mártir y prelado:  
Muestra de su sepulcro algunas señas,  
Y cavaré con lágrimas las peñas  
Que ocultan su sarcófago sagrado;  
Pero mal pido el único consuelo  
De todo el bien que airado quitó el cielo.  
Goza en las tuyas sus reliquias bellas  
Para envidia del mundo y las estrellas.

—  
EPÍSTOLA MORAL.

Sobre la vida del filósofo.

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al más astuto nacen canas.  
El que no las limare ó las rompiere,  
Ni el nombre de varon ha merecido,  
Ni subir al honor que pretendiere.  
El ánimo plebeyo y abatido  
Elija, en sus intentos temeroso,  
Primero estar suspenso que caído;  
Que el corazon entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.  
Más triunfos, más coronas dió al pru-  
Que supo retirarse la fortuna, [dente  
Que al que esperó obstinada y locamente.  
Esta invasion terrible é importuna  
De contrarios sucesos nos espera  
Desde el primer sollozo de la cuna.  
Dejémosla pasar como á la fiera  
Corriente de gran Bétis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado  
Que el premio mereció, no quien le alcan-  
Por vanas consecuencias del Estado. [za

Peculio propio es ya de la privanza  
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia  
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicio procede y pasa al bueno;  
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno  
De la antigua Romúlea, cuyo clima  
Te será más humano y más sereno,

Adonde por lo ménos, cuando oprima  
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:  
«Blanda le sea» al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno  
Cuando te falte en ella el pece raro  
O cuando su pavon nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
Como en la oscura noche del Egeo  
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo,  
Dirás «Lo que desprecio he conseguido;  
Que la opinion vulgar es devaneo.»

Más precia el ruiseñor su pobre nido  
De pluma y leves pajas, más sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas  
De algun príncipe insigne, aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado  
A esa antigua colonia de los vicios,  
Augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia y la sed de los oficios;  
Que acepta el don y burla del intento

El ídolo á quien haces sacrificios,  
Iguala con la vida el pensamiento  
Y no le pasarás de hoy á mañana,  
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana [ras,  
De nuestra antigua Itálica, y ¿qué espe-  
Oh error perpétuo de la suerte humana?

Las enseñas grecianas, las banderas  
Del senado y romana monarquía  
Murieron, y pasaron sus carreras. [dia

¿Qué es nuestra vida más que un breve  
Do apenas sale el sol cuando se pierde,  
En las tinieblas de la noche fría? [de,

¿Qué más que el heno, á la mañana ver-  
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!  
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío  
De la vida viviendo, y que está unida  
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios, que en veloz corrida  
Se llevan á la mar, tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
O ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,  
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo como muero,  
De aprender á morir antes que llegue  
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue  
De la severa muerte dura mano,  
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano;  
Las hojas que en las altasselvas vimos



Cayeron, y nosotros á porfia  
En nuestro engaño inmóviles vivimos!  
Temamos al Señor que nos envia  
Las espigas del año y la hartura,  
Y la temprana lluvia y la tardía.  
No imitemos la tierra siempre dura  
A las aguas del cielo y al arado,  
Ni la vid, cuyo fruto no madura.  
¿Pensas acaso tú que fué criado  
El varon para rayo de la guerra,  
Para surcar el piélagos salado,  
Pera medir el orbe de la tierra  
Y el cerco donde el sol siempre camina?  
¡Oh, quien asilo entiende, cuánto yerra!  
Esta nuestra porcion, alta y divina,  
A mayores acciones es llamada  
Y en más nobles objetos se termina.  
Así aquella que al hombre solo es dada  
Sacra razon y pura me despierta,  
De esplendor y de rayos coronada;  
Y en la fria region dura y desierta  
De aqueste pecho enciende nueva llama,  
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.  
Quiero, Fabio, seguir á quien mellama,  
Y callado pasar entre la gente,  
Que no afecto á los nombres y á la fama.  
El soberbio tirano del Oriente,  
Que maciza las torres de cien codos  
Del cándido metal puro y luciente,  
Apenas puede ya comprar los modos  
Del pecar; la virtud es más barata,  
Ella consigo misma ruega á todos.  
¡Pobre de aquel que corre y se dilata  
Por cuantos son los climas y los mares,  
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,  
Un libro y un amigo, un sueño breve,  
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe  
Naturaleza al simple y al discreto,  
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto  
Que pongo la virtud en ejercicio,  
Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio  
Y el ánimo enseñar á ser modesto;  
Despues le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
De sólida virtud; que aun el vicioso  
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
Este camino sea al alto asiento,  
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
Aquella Inteligencia que mensura  
La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,  
Luego materia acerba y desabrida,  
Y perfecta despues, dulce y madura:

Tal la humana prudencia es bien que  
Y dispense y comparta las acciones [mida  
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones  
Que gritan en las plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos trágicos, atentos  
Al aplauso comun, cuyas entrañas  
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!  
¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!  
Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres solo á los mejores,  
Sin presumir de roto y mal ceñido.  
No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.  
Una mediana vida yo posea,  
Un estilo comun y moderado,  
Que no lo note nadie que lo vea.  
En el plebeyo barro mal tostado  
Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
Como en el vaso Múrinó preciado;  
Y alguno tan ilustre y generoso,  
Que usó como si fuera plata neta,  
De cristal trasparente y luminoso.  
Sin la templanza ¿viste tú perfeta  
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada  
Como sueles venir en la saeta,  
No en la tonante máquina preñada  
De fuego y de rumor; que no es mi puerta  
De doblados metales fabricada.  
Así, Fabio, demuéstrame cubierta,  
Su esencia la verdad, y mi albedrío  
Con ella se compone y se concierta.  
No te burles de ver cuánto confío,  
Ni al arte de decir, vana y pomposa,  
El ardor atribuyas de este brio.  
¿Es por ventura ménos poderosa  
Que el vicio la virtud? ¿Es ménos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.  
La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar, la ira á las espadas,  
Y la ambicion se rie de la muerte.  
Y ¿no serán siquiera tan osadas  
Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?  
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto simple amé; rompi los lazos.  
Vén y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros  
[brazos.

LUIS DE GÓNGORA

ROMANCES.

I.

Servia en Orán al Rey  
Un español con dos lanzas,  
Y con el alma y la vida  
A una gallarda africana,  
Tan noble como hermosa,  
Tan amante como amada,  
Con quien estaba una noche,  
Cuando tocaron al arma.  
Trescientos Cenetes eran  
Deste rebato la causa;  
Que los rayos de la luna  
Descubrieron las adargas;  
Las adargas avisaron  
A las mudas atalayas,  
Las atalayas los fuegos,  
Los fuegos á las campanas:  
Y ellas al enamorado,